

Mt 9,36-10,8

Nos hiciste, Señor, para ti

El Evangelio de este domingo se abre con una afirmación sobre Jesús que nos permite entrar en los sentimientos más íntimos de su corazón: "Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella". Estos son los sentimientos que animan a Jesús respecto de los hombres y mujeres de su tiempo y de todos los tiempos. Es significativo observar que el verbo griego usado aquí -"splanjnídsomai"- se reserva en los Evangelios sólo a Jesús o a personajes de alguna parábola que simbolizan a Jesús o a su Padre.

¿Por qué siente Jesús compasión de la muchedumbre? Porque los ve "vejados y abatidos". El estado en que los ve le sugiere una comparación elocuente: "como ovejas que no tienen pastor". Según esta imagen, el abatimiento tiene un origen muy claro: no hay quien muestre la meta final e indique el camino hacia ella. Como las ovejas sin pastor, los hombres vagan sin sentido. No hay nada que produzca mayor cansancio y abatimiento que tener que esforzarse mucho sin saber "para qué". Esforzarse no es lo que produce abatimiento; esforzarse sin sentido, sí.

El fin del hombre como tal -no el fin de una u otra actividad suya- es Dios. Un ingeniero, por ejemplo, sabe para qué hace el cálculo de un puente; pero, si no sabe para qué existe él, toda su actividad carece del sentido último y le produce abatimiento. Esto lo expresó San Agustín en una frase famosa: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, mientras no descansa en ti" (Confesiones I,1,1). Para alcanzar, entonces, la paz del corazón en esta vida son necesarias tres cosas: 1) saber que hemos sido creados por Dios: "Nos hiciste, Señor"; 2) saber "para qué": "para ti"; 3) dirigirnos a ese fin en todo lo que hacemos, es decir, alcanzarlo ya en esperanza: "descanso en ti".

La sociedad actual despierta en Jesús gran compasión. En efecto, ella sabe muy bien el "que": producir y consumir cada vez más, tener muchos mercados a quienes vender y de quienes comprar y esto a un ritmo que llamaríamos frenético. Pero no sabe "para qué", porque se ignora al verdadero Dios. No es que la sociedad actual no tenga un dios; su dios es el "consumismo", que tiene sus propias leyes: producir, consumir y disfrutar al máximo cada instante. A este

dios se sacrifican muchas vidas: las vidas de los que no producen o impiden consumir y disfrutar, es decir, las vidas de niños no nacidos, de ancianos y enfermos terminales y de muchos otros que caen víctimas de la depresión. La vida de Terry Schiavo fue sacrificada a ese dios, y esto no de manera oculta, como un acto de egoísmo personal, sino como un acto de culto público en un país "supuestamente" el más civilizado. Depierta viva compasión en Jesus.

Jesús vino al mundo para anunciar a los hombres su fin último y el camino que conduce a ese fin: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6). Para continuar esta inmensa tarea hoy "los obreros son pocos". Por eso Jesús nos exhorta: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies". Así entendemos las primeras palabras que pronunció el Papa Benedicto XVI, después que fue elegido Sumo Pontífice: "Los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde obrero de la viña del Señor" (Vaticano, 19 abril 2005).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción